

AMOR MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Erase una vez una niña muy guapa con cabellos rubios como el oro, de ojos claros del color del cielo, muy azul, su piel era muy blanca y tenía unos labios muy rojos, del color de los claveles en primavera.

Un buen día, ella fue a acompañar a su hermano al colegio y vio a un niño de ojos negros como el carbón y pelo también muy oscuro. En cuanto lo vio, se enamoró de él y todos los días le pedía a su madre que la dejara acompañar a su hermano al colegio.

Por ese cambio tan repentino la madre se preocupó y habló con ella. Le preguntó si le pasaba algo. Ella respondió que no. Pero su madre no se creía eso, así que un día le dejó ir a acompañar a su hermano y, como desconfiaba de ella, la siguió hasta el colegio. Una vez allí, estuvo un rato esperando. Justo cuando ya se iba a marchar se dio cuenta de lo que pasaba, porque su hija se quedó mirando para aquel niño de ojos negros. Después se fue disimuladamente, para que su hija no se diera cuenta.

Cuando todos los pequeños entraron al colegio y los padres y madres se fueron a sus casas, la niña de cabellos de oro y el niño de ojos como el carbón se quedaron solos. Al principio se miraron en silencio, después el niño preguntó:

-¿Tú eres la hermana mayor de Juan, el niño de 1ºB?

Ella contestó:

-Sí.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Ana, ¿y tú?

-Alex.

Después la niña se fue andando hasta su casa y todo el camino pensaba en esa conversación tan especial que había tenido con Alex, ese niño tan guapo de ojos negros. También se quedó toda la tarde y toda la noche pensando en él.

A la mañana siguiente, esperó impaciente a su hermano. Cuando estaba a punto de irse, su madre le dijo que no lo acompañara, porque tenía que hablar con ella. Cuando su hermano se fue, ella se quedó con su madre hablando.

-Ya sé por qué quieres ir siempre a acompañar a tu hermano al colegio.

-No sé de qué me hablas.

-No te hagas la tonta, sé perfectamente lo que pasa.

La pobre niña le respondió, triste:

-Es que no puedo evitarlo. Me gusta.

Y su madre le dijo, disgustada:

-Hija, eres muy pequeña para tener novio.

Y ahí acabó la conversación.

A la mañana siguiente, la niña se quedó en su habitación toda la mañana, triste, con muchas ganas de ver a Alex, el niño de ojos negros.

Al día siguiente fue hasta la tienda y salió justo cuando tocaba el timbre para entrar en el colegio. Fue corriendo hasta el colegio y allí estaba, exactamente igual que el día que lo vio.

Su madre se dio cuenta de que su hija iba todos los días a ver a aquel muchacho, hasta que un día desapareció y nunca volvió a verlo.

Al cabo de 10 años, cuando ella se hizo mayor y responsable, buscó por todos los sitios a su querido Alex, pero no lo encontró.

Pasaron 20 años y la niña ya se había convertido en una mujer. Pero seguía buscando a su querido Alex, ya que aún no lo había olvidado. Volvió a su antigua calle y preguntó por todas las casas de la vecindad. Después de una semana de preguntar en casas, al fin sus esfuerzos dieron resultados. Un día fue a una casa muy grande y lujosa, tocó el timbre y abrió una mujer que parecía una sirvienta. En cuanto entró en la casa se quedó estupefacta. Pasó por un pasillo principal y después por varios pasillos más estrechos. Luego entró en una habitación muy iluminada donde estaba sentada una mujer. Tenía una cara entristecida. Intentó hablar con ella, pero no le contestaba. Parecía estar muerta, pero respirando. En cuanto le dijo el nombre del muchacho, ella se quedó mirando para ella.

Ana le preguntó:

-¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

-Sí, en el cementerio del pueblo.

La anciana se fue corriendo de la habitación. Ella fue al cementerio del pueblo y buscó por todas las tumbas y, cuando creía que no lo encontraría, lo encontró. Se agachó delante de la tumba de su amado y pensó en sus ojos negros. No los volvería a ver más. Se fue para su casa y pensó qué podía hacer. No había nadie en su casa, así que se fue al cobertizo, cogió una cuerda y se suicidó.

Sus padres, que estaban de viaje, esa misma noche regresaron. Buscaron a su hija, la llamaron, pero no la encontraron. Incluso miraron en el cobertizo, pero no la encontraron.

Dos años después fueron al cementerio, a ponerles unas flores a unos familiares suyos, y vieron la tumba de su hija, justo al lado de la tumba de su amado. Se preguntaron cómo habría podido ser, pero nadie lo sabía.

Alba Taboada (1º ESO –B-)